

INTRODUCCIÓN

Debo confesar que, hace algunos años, cuando propuse la publicación de una antología de textos escritos por Alfred Hitchcock y de entrevistas con él, sentí la necesidad de estar un poco a la defensiva. Era preciso abordar varios desafíos clave, como si se debía tomar en serio a Hitchcock no sólo como cineasta (la famosa pregunta de Robin Wood ya se había respondido afirmativamente por aquel entonces, de forma convincente para la mayoría de las personas), sino también como comentarista de películas y de la producción cinematográfica en general; si había algo de interés y contenido nuevo más allá de lo que ya era fácil de conseguir (sobre todo con respecto a lo que a veces se considera como el libro “definitivo” de Truffaut); y si toda afirmación de que las declaraciones de Hitchcock sobre el cine merecían un análisis más amplio se debilitaba fatalmente por el hecho de que en reiteradas ocasiones se presentaban como campañas publicitarias superficiales, y no siempre era posible identificar con facilidad que habían sido escritas por el propio Hitchcock, y podían ser repetitivas, muy conocidas y previsibles.

Estaba preparado para defender a Hitchcock, pero la verdad es que no necesitaba y no necesita mi ayuda, más que para facilitar el acceso a sus comentarios, a menudo efímeros y difíciles de encontrar, pero con frecuencia reflexivos, reveladores y sumamente valiosos. El material que por fin se publicó en el primer volumen, *Hitchcock por Hitchcock*, habla por sí solo y puede defenderse bien de los desafíos mencionados anteriormente. Y resulta que lo mismo sucede con el material que he recopilado para este segundo libro. Soy de la opinión de que se justifica una edición completa (ya sea en papel o en formato digital) de todos los escritos y las entrevistas de Hitchcock, sin importar lo repetitiva o dispar que pueda llegar a ser: el ámbito académico tradicional presenta un modelo legítimo (no sólo un objeto fetiche) de ediciones preparadas con gran cuidado de incluso los textos más marginales de autores importantes

(por ejemplo, cinco voluminosos tomos de la obra de Coleridge). Y el chiste que hizo T. S. Eliot sobre el valor que poseen hasta las listas de ropa sucia de Shakespeare (que hasta ahora no han salido a la luz) aplica igual de bien a nuestro bardo cinematográfico. El material disponible para una segunda parte de *Hitchcock por Hitchcock* no es ni algo rebuscado ni un simple segundo prensado. Se siguen descubriendo artículos nuevos escritos por el cineasta con reflexiones sobre su arte y carrera, y estos ensayos, sumados a los que lamentablemente tuvieron que quedar por fuera del primer libro por cuestiones de espacio (y no por razones relacionadas con la calidad o el grado de interés), constituyen una nueva colección fundamental.

Al armar y darle forma a este libro, me basé en algunos principios específicos. Los textos (salvo unas pocas excepciones) se reproducen en su totalidad y varían mucho en extensión, de muy breves a muy largos. Pero tenemos la suerte de contar con al menos unas cuantas palabras de lo que pensaba Hitchcock sobre el uso de la película en color a fines de la década de los treinta, y vale la pena preservar y estudiar en detalle la verbosidad farragosa que contiene la transcripción de lo que habla el director con un técnico de *Desesperación* (c. 1950), así como sus respuestas a Bryan Forbes y a un público particularmente animado y conocedor en una conferencia auspiciada por John Player realizada en 1967. Mi objetivo era abarcar toda la carrera cinematográfica de Hitchcock, por lo que incluí textos de todas las décadas, desde los años veinte hasta los setenta. Fue producto del azar, pero hay un equilibrio razonable entre la cantidad de artículos que pertenecen a cada década, aunque mi objetivo principal era reeditar el material que fuera valioso sin importar el momento en que se había escrito. Me complace sobre todo que haya sido posible incluir muchos textos de los inicios de la carrera de Hitchcock: los numerosos escritos de la década de los veinte ayudan a completar una parte central que quedó por fuera del primer libro. A pesar de que, en ese volumen, están bien representados los textos de los años cincuenta y sesenta, la selección incluida en el presente libro aborda en más detalle su trabajo en la televisión, el cuidado puesto en su imagen pública y el conocimiento que tenía de los nuevos avances del cine contemporáneo, además de la tensión que le generaba responder a ellos. La repetición—tanto entre los escritos de esta nueva antología como en ambos volúmenes en su conjunto—es inevitable, pero también hay mucha diversi-

dad. Las dos antologías se complementan y brindan un panorama completo de la continuidad y del cambio en las ideas de Hitchcock con relación a su carrera e imagen. Obtenemos un sentido más profundo de cómo se forjó la cuidadosamente definida “marca” Hitchcock, así como de las variaciones hitchcockianas que aparecen en más de una ocasión cuando el director se presenta y expone sus pensamientos sobre el cine.

Con el fin de proporcionar una visión lo más completa posible, decidí interpretar los términos “escritos” y “entrevistas” de un modo bastante amplio. Estos incluyen, como en el primer libro, artículos firmados por Hitchcock (en los que la firma se toma como una señal de “autoría” en su definición más amplia), textos “escritos con la colaboración de” otras personas, y tanto entrevistas con preguntas y respuestas (aunque, sin duda, incluso estas se editan y modifican) como artículos periodísticos sobre Hitchcock que contienen citas directas. Opté por no incluir varios tipos de artículos específicos, aun cuando se publicaran con el nombre de Hitchcock y fueran reveladores e interesantes. Por ejemplo, dejé por fuera una gran cantidad de artículos que se centran exclusiva o principalmente en temas como la comida, el peso y la vida familiar, que quizás valdría la pena investigar debido a que forman parte de la construcción de la imagen pública del director y nos muestran sus costumbres e intereses, aunque tengan menos peso que sus comentarios sobre el cine. Y, a pesar de que al principio esperaba poder incluir un ejemplo, como mínimo, del Hitchcock “gráfico” —como “‘Have You Heard?’ The Story of Wartime Rumors” (*Life*, 13 de julio de 1942, 68-73), una historia más pictórica que escrita que se relaciona estrechamente con la obra del cineasta realizada en tiempos de guerra a inicios de la década de los cuarenta—, no fue posible por cuestiones de espacio. Tal vez, en el futuro, algún libro ilustrado de gran formato sobre la vida y la obra de Hitchcock reimprima una muestra de estos numerosos trabajos, que dejan ver la manera en que el director aplicaba sus métodos narrativos a los medios impresos, así como sus cameos juguetones incluso fuera de la pantalla grande.

No obstante, sí contamos con el espacio para reproducir diversos textos (que a menudo procedieron de fuentes inesperadas) con información valiosa sobre cómo era la vida de Hitchcock en el trabajo y, de vez en cuando, en su casa y tiempo libre. No fui tan lejos como Dan Auiler en su magnífico libro *Los cuadernos de Hitchcock*

(que, como *Hitchcock por Hitchcock*, amerita una continuación) en mis esfuerzos por tratar de “pintar” un retrato de Hitchcock mediante una gran variedad de cartas, comunicados, notas de producción, bocetos, comentarios sobre guiones y otros documentos de este tipo, pero sí figuran varios artículos que por lo común no se clasificarían como “escritos”, como la antes mencionada transcripción (que ayuda a comprender mejor cómo la imaginación visual adquiere una forma material) y un documento legal que refleja la concepción que tenía Hitchcock de sí mismo como autor dentro del contexto de la disputa que se llevaba a cabo en toda la industria sobre los derechos intelectuales. Y, a pesar de que “Una lección de psico(sis)logía” es un resumen de las instrucciones del director a las distribuidoras y no un ensayo discursivo, la descripción detallada de la comercialización y de la “puesta en escena” de *Psicosis*—especialmente dada la apreciación recurrente de Hitchcock del cine como una mezcla de arte y comercio— constituye un complemento importante a sus numerosos comentarios sobre la realización de esta película.

Asimismo adopté un enfoque poco convencional en relación con el material “crudo” de una de las entrevistas con el fin de incluir un fragmento de algo que, sin duda, merece su publicación íntegra en un futuro cercano: la transcripción de la conversación original entre tres (las grabaciones evidencian hasta qué punto Helen Scott fue más que una simple traductora) que posteriormente se editó y reorganizó de forma radical para armar el “hitchbook” de Truffaut. Llama muchísimo la atención que lo que se escucha en las grabaciones sea tan diferente de lo que leemos en el texto final. Conocemos el mito, pero deberíamos poder acceder a los hechos. Resulta necesario añadir que, en este caso, las grabaciones no ponen en duda el mito—la versión impresa no es una tergiversación o un invento engañoso—, sino que ayudan a aumentar (se dejó por fuera mucho de lo que se habló) y volver más nítidas (todavía hay algunas partes borrosas) la imagen y la comprensión que tenemos de Hitchcock. Me parece que esta afirmación se confirma al analizar la parte de la conversación original incluida aquí: hay comentarios reparadores sobre cómo Hitchcock preparaba y dirigía a las actrices y una conversación fascinante sobre *Los cuatrocientos golpes* de Truffaut que se excluyó del libro que todos conocemos.

Al igual que hice con el primer volumen, organicé el material en orden cronológico dentro de secciones temáticas generales. Las cin-

co partes en que está dividido este libro –“Relatos, historias, suspenso”, “El cine puro y el toque Hitchcock”, “Los directores y la dirección”, “Hitchcock en el trabajo” y “Hitchcock habla”– son amplias e, inevitablemente, se entrecruzan. A veces se dificultaba la tarea de decidir dónde iba un texto en concreto, sobre todo porque los comentarios de Hitchcock abarcan muchísimos temas y no se prestan a la simple categorización. Pero he tratado de agrupar los textos según la afinidad demostrable que existe entre ellos y, en efecto, las curiosas relaciones entre los artículos al menos le dan a cada sección una suerte de coherencia y unidad. El lector puede hojear y leer este libro en el orden que más prefiera, pero respetar la secuencia de las categorías temáticas destaca los extensos análisis que hacía Hitchcock de asuntos clave, y nos muestra tanto la continuidad como el desarrollo de algunas de sus opiniones, incluidos los cambios y las revisiones que van teniendo lugar. No creo que se puedan encontrar muchos virajes o contradicciones: Hitchcock era coherente y meditaba a fondo sus ideas antes de comunicarlas y ponerlas en práctica. Sin embargo, las entrevistas y los artículos aquí reunidos muestran que, junto con las declaraciones audaces, provocadoras y con frecuencia repetidas, es posible encontrar reevaluaciones complejas y modificaciones concienzudas de sus ideas principales que, de lo contrario, podrían tomarse como credos exagerados. El estudio detallado y minucioso de sus observaciones sobre el arte es revelador: el maestro del suspenso también es un maestro de la sorpresa. A pesar del énfasis que pone en el cine puro como montaje visual, también presta mucha atención a otros recursos, como los efectos de sonido, el tono y contenido de las voces, y la música. Coexisten las declaraciones memorables acerca del desinterés que le provocaban el argumento y la coherencia lógica con los numerosos indicios de su compromiso con el cine como medio narrativo y la atención meticulosa que prestaba a la lógica, la precisión y la unidad narrativa. El maestro de la manipulación del público también era un experto en cómo la audiencia puede contribuir a darle forma a una película, y la respuesta que anticipaba está incorporada en el diseño y en la producción de sus films. Pese a que la frase “fotografías de gente que habla” era la descripción sucinta de lo que Hitchcock concebía como la muerte del cine, a menudo habla de la manera en que encontró formas creativas de hacer que esas fotografías fueran sumamente cinematográficas (por ejemplo,

la famosa secuencia de besos en *Tuyo es mi corazón*; la gran cantidad de conversaciones angustiadas en *Vértigo*; y las confesiones dramáticas que se encuentran a lo largo y ancho de sus obras). En reiteradas ocasiones, deja ver la importancia del buen diálogo y de lo ingeniosas que son sus películas, tanto desde un punto de vista verbal como visual. Así, quizás no resulte sorprendente que el verdadero “toque Hitchcock” posea una vasta profundidad y cuantiosos detalles que surgen con nitidez gracias a la vista proporcionada por el gran conjunto de comentarios que ofrece el director sobre el cine y la realización cinematográfica.

Por decir algo, Hitchcock se explica y defiende muy bien a lo largo de este libro. No obstante, escribí introducciones para cada sección que, en algunos casos, brindan un amplio resumen y análisis de los textos individuales, no porque sean oscuros o requieran de un alegato especial, sino más bien porque se benefician de una contextualización y lectura atenta de las que no siempre gozan. Por lo común, el motivo de la aparición de un artículo de Hitchcock o de una entrevista con él es evidente (más que nada el estreno de una nueva película), y el tema se relaciona directamente con el proyecto que trae entre manos o con algún aspecto de su imagen que, aunque bien conocida, cultivaba de forma constante. Pero trato de señalar aquellas partes menos obvias en las que estos documentos se convierten en elementos esenciales de su biografía y nos ofrecen una perspectiva interesante de su estado de ánimo, así como de sus opiniones con respecto al estado de su carrera y del cine. Este registro biográfico es más dinámico que estático: además de la gran cantidad de repeticiones y de “autoplágios” en los que tienden a centrarse los críticos, existe un diálogo mucho más complejo consigo mismo que es posible apreciar en los ecos y en las variaciones de estos textos, que a veces saco a la luz. Y, a pesar de que el punto de referencia de Hitchcock es casi siempre él mismo, no es lo único que le interesa ni el único tema que trata. He intentado resaltar aquellos ejemplos clave que muestran cómo sus comentarios a menudo aportan algo a los debates más amplios que se estaban llevando a cabo –tanto en el mundo cinematográfico como en general– sobre asuntos de interés público, como el futuro del cine británico, la llegada y el efecto de la nueva tecnología audiovisual, y la ética y los valores contemporáneos, además de a las discusiones en torno a la violencia, la censura y los usos del arte en la sociedad moderna, especial-

mente en una época caracterizada por la ansiedad. Por último, tantos años de trabajo en este libro me han hecho partir de la premisa de que los escritos y las entrevistas de Hitchcock, tal como ocurre en sus películas, poseen atributos como afirmaciones claras, superficies brillantes, sencillez, voces fuertes y sinceridad fresca, pero, por otro lado, también se definen por sus argucias e inexactitudes, sutilezas, matices, complejidades, profundidades misteriosas y trasfondos. Una primera mirada pone al descubierto lo primero, pero es necesario prestar mucha atención para detectar lo segundo. Por lo tanto, he tratado de prestar esta clase de atención en las diversas lecturas que he incluido en las introducciones a las distintas secciones. No corro el peligro de confundir los ensayos de Hitchcock sobre sus películas con las películas en sí, ni intento sugerir que los ensayos y las entrevistas del cineasta son “urnas bien forjadas” que justifican cualquier inventiva crítica e interpretativa. Sin embargo, sí trato de indicar aquellos inesperados tesoros y placeres que, para volver al argumento inevitable, se asoman cuando tomamos en serio los textos y las entrevistas de Hitchcock.

Al igual que en el primer volumen, se transcribieron los artículos y las entrevistas directamente a partir de los textos originales, tal como se publicaron por primera vez. La información de publicación original aparece al pie de página de cada artículo. Los errores patentes fueron corregidos silenciosamente y, en los pocos casos en que el texto original no era claro o tenía algún otro defecto, traté de adivinar lo mejor que pude cuáles eran las letras o palabras faltantes. [...] Estandaricé los detalles del diseño y eliminé las sangrías y los espacios innecesarios, así como algunos de los títulos de las secciones. Al mismo tiempo, añadí algunas iniciales en las entrevistas para que resultara más fácil identificar al interlocutor. Muchos de los artículos tenían ilustraciones, leyendas y notas interesantes e informativas, pero no fue posible incluirlas en este volumen. Por último, al final del libro se encuentra una breve bibliografía, que no le hace justicia a la enorme cantidad de textos valiosos sobre Hitchcock que se encuentra disponible y a la que recurrí una y otra vez, pero que al menos especifica la lista de obras que menciono explícitamente en mis introducciones, así como varios artículos en los que reedité algunos textos fundamentales de Hitchcock que también forman parte de este libro (con una excepción) y que los analizan en detalle.